

Caracas: laboratorio de las mutaciones*

Gustavo Valle

A Carlos Valle

*Yo no juzgo a Caracas eterna como el agua y el aire
Habrá que preguntarle a las palomas de la plaza Bolívar
a los facundos limpiabotas de las torres de El Silencio
a los taxistas acalorados en las cabinas de los Dodge Darts
a los buhoneros, a los prósperos diputados que salen del Capitolio al mediodía
rumbo a los restaurantes, a las amas de casa que regresan de las compras
y han oído en la radio noticias tremendistas.
Habrá que preguntarle a estas personas si Caracas es una ciudad o es sólo paisaje
La puesta en escena de un poema del siglo XIX
donde sultanes, odaliscas, alfombras, turbantes, rubíes
juegan bajo los techos de un harem extravagante
metido a mil metros de altura frente al mar Caribe.*

*Habrá que preguntarle a los ancianos
que ejercitan su memoria en los bancos de la plaza
a los chicheros que baten su caldo con canela
a los perros callejeros que musicalizan las noches del revólver
a los zamurros que sobrevuelan en círculos todas las tardes
y dibujan sobre nuestras cabezas gigantescos sombreros taciturnos.
Habrá que preguntarles a todos ellos si Caracas es una ciudad
O solamente una idea.*

Si tuviese que escoger un lugar representativo de mi ciudad yo escogería la confortable butaca de un automóvil que viajase a 100 km. por hora a lo largo de la avenida Boyacá, mejor conocida como «Cota Mil». Serpiente de asfalto que recorre la ciudad de Este a Oeste siguiendo las curvas del cerro Ávila, desde una altura que permite observar el valle longitudinal que forma el río Guaire, la Cota Mil es un espacio privilegiado de contemplación urbana sólo posible desde la cabina veloz de los automóviles. Desde

* Este texto no hubiese podido ser escrito sin el auxilio de las lecturas de dos indispensables pensadores de la ciudad de Caracas: Federico Vegas y William Niño Araque.

este mirador nómada puedo conformar un primer mapa de Caracas que parece resistirse a toda cartografía pues su crecimiento desborda el valle que la contiene y trepa sin descanso los cerros que ya no son cerros sino montañas de diminutas y miserables lucecitas. Y es que al ir de este a oeste, de Petare a la Pastora, observo nuevamente las drásticas diferencias arquitectónicas, la diversidad de diseños urbanos, los múltiples testimonios de nuestra visión caribeña de la democracia, donde los malabarismos urbanísticos y las injusticias sociales y económicas han generado mixturas desquiciantes: la mansión del diplomático junto a gigantescas vallas publicitarias; un bosque de antenas parabólicas sobre los techos de las casitas de zinc; los restos de un solar colonial justo al lado de una torre de 30 o 40 plantas. Nuestra práctica mestiza ha hecho posible esto bajo la fórmula de una filosofía de lo híbrido, donde el valor se afina en todo ejercicio de tolerancia, incluida la tolerancia a la miseria.

De Petare a La Pastora, como decía una canción de Ilan Chéster, desde un emplazamiento peligroso hasta otro emplazamiento peligroso, pero también desde un sobreviviente de la arquitectura colonial hasta otro sobreviviente de lo que queda de una arquitectura colonial. Entre un extremo y otro, veo mi ciudad salpicada de verde, porque entre los rascacielos, parabólicas y ranchitos aún aparece el color verde guacamayo de los centenarios jabillos y caobos y mangos, y todavía, con un poco de imaginación, puedo confundirla con una Anadiómena algo despeinada nacida esta vez de la tierra, brotada de las entrañas de la selva, para ofrecer un paisaje parecido al que debió haber tenido frente a sí el explorador Stephens cuando vio Uxmal metida entre los helechos y confundida con las múltiples raíces de Yucatán. En medio este paisaje selvático se han levantado autopistas vertiginosas que atraviesan la ciudad como si fuese una férula o un espinazo de asfalto. Siguiendo el curso del río Guaire, la autopista corta la ciudad en dos, ofreciendo una *rive gauche* y una *rive droite* que nunca han debido separarse, porque el río Guaire es un riachuelo de historia desafortunada que bañaba las vegas cafeteras del valle y donde se practicaba la natación a la sombra de los sauces hacia el siglo XIX. El río Guaire –sin ser el Támesis o el Sena sino poco más que el hermano gemelo del esmirriado Manzanares– es, junto al cerro Ávila, la esencia y el principio de la ciudad de Caracas, no sólo porque en sus aguas se deslizan los secretos caraqueños en forma de detritus generosos, sino porque su ancianidad se confunde con la edad geológica del valle del pleistoceno, que no era otra cosa que un gigantesco lago, donde apenas asomaba sobre las aguas el morro del actual Jardín Botánico, especie de *Lost Paradise* contemporáneo, amenazado hoy en día por la cercanía de los barrios más calientes. Así, la gigantesca Cara-

cas de 6 millones de habitantes se hace hoy material de sueño cuando remonto la cuesta hacia el tiempo en que los osos de hocico corto y las dantas y los megaterios debieron bajar de las cumbres del cerro para protegerse de las terribles glaciaciones e ir a morir, quizás después de una devastadora acción sísmica, en lo que hoy es El Silencio, El Paraíso, Chacao o la Pastora¹.

En el principio fue El Silencio. Después de las «trasnochadas» practicadas por García González de Silva, esbirro de Diego de Losada, fundador de Caracas en 1567, que no eran otra cosa que la limpieza étnica de los indígenas que habitaban el valle de Caracas y sus alrededores; después de la peste de viruelas de 1580, que diezmó el resto de la población indígena que quedaba y en vista de que no hubo ningún interés por parte de los nuevos dueños del valle de rescatar y traducir la lengua de estos aborígenes, el valle de Caracas, llamado inicialmente valle de San Francisco por Juan Rodríguez Suárez, quedó completamente en silencio. Las carambolas de la toponimia no tienen límites y hoy en día El Silencio es una de las zonas de Caracas más estrafalariamente bulliciosas, donde confluyen por igual el ama de casa, la pandilla de escolares, el buhonero nómada, el vendedor de mangos y limones, los malandros al acecho, mientras las calles saturadas de microbuses y motorizados febriles ambientan el aire con la generosidad de sus tubos de escape. Especie de *zoco* magrebí donde todo está en venta y todo es posible, donde el ladrón y el policía se entretienen a diario en su carrusel de máscaras intercambiables y donde se palpa la acción misma de la ciudad, con sus tropelías apasionantes, sus prisas, sus astutas ilegalidades, su sensualidad grotesca, El Silencio es el lugar de la contaminación más activa, donde a diario se establecen los malabares del mestizaje y donde la ciudad, en su afán por multiplicarse a sí misma y ser, al fin y al cabo, algo distinto a lo que es, invade las fronteras de lo teratológico y viene a constituirse en un monstruo. Un monstruo mutante.

En el principio fue El Silencio. Las prostitutas que taconeán bajo los portales de los hotelitos sospechosos; las calles estrechas donde el pistolero ensaya a diario su deporte favorito; la basura que se acumula en las aceras como señal del infortunio... Esto era El Silencio hacia inicios de los años 40, antes de que el arquitecto y urbanista Carlos Raúl Villanueva, cual Barón Haussman del Caribe, echara abajo estos cuarteles de la inmundicia y practicara sobre sus ruinas el sueño de una ciudad racional y proyectada,

¹ Aunque cuenta con muchos simpatizantes, la teoría acerca de las glaciaciones en el cerro Ávila no ha sido totalmente confirmada. Ver: El Ávila. Radiografía de una montaña, Bruno Manara. Monte Ávila editores, Caracas, 1998.

planificada y moderna. No es el momento para juzgar la decisión de Villanueva quien, bajo la bandera del progreso y bajo el influjo de la tradición racionalista, juzgó oportuno el sacrificio de cierta memoria marginada, para abrir paso al orden y la disciplina. Siguiendo las directrices de Descartes que ordenaba la destrucción de la ciudad antigua como paso necesario para el levantamiento de la nueva urbe², Villanueva trazó sobre El Silencio antiguo, El Silencio moderno. Donde hubo callejuelas colocó grandes ejes viales; donde proliferaba el trapicheo levantó galerías para el comercio; donde el azar había diseñado a su gusto edificaciones diversas y mezcolanzas varias, la razón vino a imponer su modelo civilizatorio en forma de calculada promesa. El resultado fue un conjunto de siete bloques de edificios de baja estatura e influencia colonial que ofrecen al viandante espaciosos soportales sostenidos por columnas bubleiformes, donde el comercio exhibe sus vitrinas para hacer del consumo un sucedáneo del paseo. Todo organizado alrededor de la formidable «Plaza O’Leary», donde la fuente del escultor Francisco Narváez refresca con sus toninas de piedra un paisaje urbano donde los edificios de Villanueva se integran a los tonos verdes del Ávila y de los chaguaramos, para intentar así un puente entre la modernidad racional y el pasado estético. Este nuevo orden urbano, inaugurado a finales de los años 40, permitió soñar con una Caracas moderna, única, orgullosa de su pasado, integrada a su espacio natural, a su tropicalidad. La década siguiente, el modernismo de los años 50, fue la época dorada del urbanismo y la arquitectura caraqueña donde estas premisas alcanzaron su mayor expresión. Fueron años de sensibilización hacia lo urbano, de articulación imaginativa y lúdica entre el paisaje del valle y la ciudad en construcción. Los años sesenta –que coinciden, paradójicamente, con la llegada de la democracia– son los años en que este proyecto de ciudad pierde el norte e inicia su deterioro hasta nuestros días.

Caracas comienza en El Silencio y termina en el bullicio, que es lo mismo que decir: Caracas es una gigantesca caja de resonancias. Si ensayamos la musicalización de la ciudad como si se tratase de una puesta en escena, deberíamos incluir en nuestro intento los bocinazos del taxi, los alaridos de la víctima, o el sonido seco y aspirado de un revólver en acción. Esto sin olvidar el radio-cassette a todo volumen del microbús (o camioneta) abarrotado, o el sonsonete mántrico de los perseverantes buhoneros.

² El discurso del Método, *Descartes. Edicomunicación. Barcelona, 1994, p. 45.* «...nos daremos cuenta –dice Descartes– de la dificultad que hay para hacer bien las cosas cuando se trabaja sobre lo hecho por otro».

Pero Caracas también ofrece una música distinta a la de su conflictivo orden social. Bajo el manto trepidante de la ciudad-manicomio se esconde otra ciudad de características menos explícitas pero no por ello menos perversas. Si descendemos las escalinatas como un Dante o un Orfeo hacia el encuentro de las profundas oscuridades, si hacemos el viaje inverso y hurgamus en los hornos subterráneos donde se cuece la ciudad, de inmediato la sorpresa nos invade. Como una especie de Dr. Jekyll y Mr. Hyde, Caracas ofrece una otredad inesperada: la ciudad paralela que conforma el Metro subterráneo se despliega como aséptico y fantástico lugar donde la perfección parece haber hecho nido, donde todo es orden, medida y obediencia, donde el único sonido permitido es el silbido que produce el vagón-bólide rampante al pasar a toda velocidad frente a los andenes. En este singular espacio de modernidad podemos calibrar la esquizoide y humorística estructura psicosocial del caraqueño, que prefiere ocultar el orden en subterráneas bodegas, y exhibir sus despelotes y revoltijos a plena luz. Cuando París o Nueva York revelan sus tesoros en la superficie y dejan para el subsuelo la ignominia de las cañerías y del transporte siniestro, Caracas toma el camino contrario y coloca su paraíso en el lugar del *infernno*, y airea sus miserias en la superficie. En el fondo se trata (más allá de las negligencias previsibles del funcionariado) de una opción estética donde la inversión y la subversión se afincan como pivotes y paradigmas, de forma de establecer un juego de oscilaciones desquiciantes, donde el signo negativo, la vuelta, el «otro sentido» motorizan las preferencias estéticas y, por consiguiente, proponen un tipo de orden más familiarizado al juego de las inquietudes, las perplejidades y los dobles sentidos, siempre en oposición dialógica y dialéctica a la visión monologante de la ciudad racionalizada. Entre el suelo y el subsuelo, entre el orden y el desorden pendula Caracas bruscamente; salta, como después de beber una pócima siniestra, de una Arcadia a un pandemónium, y es en este salto donde podemos identificar su verdadera cualidad de urbe moderna que logra anidar (y anular) en sus espacios las trampas brutales y los criterios enfrentados.

Caracas es una ciudad fronteriza. En la época en que los piratas azotaban a placer las ciudades del Caribe, Caracas no necesitó de murallas que la protegieran, porque entre ella y el mar se alzaba y se alza una gigante masa montañosa que los poetas románticos quisieron confundir con un sultán enamorado y otras candideces por el estilo, a cuyos pies se rendía una espléndida odalisca, una virgen musulmana llamada Caracas. Primero fueron Abigail Lozano y Heriberto García de Quevedo, después vinieron Alfredo Gómez Jaime (Colombia) y José Antonio Pérez Bonalde, quienes metieron a Caracas y su emblemático cerro dentro de una desternillante

escena propia de *Las mil y una noches*. Años más tarde, Francisco Guai-caipuro Pardo remataría con un epíteto todavía más rimbombante, aunque también más occidental: *Emperatriz del mar de las Antillas*. Los años 60 y 80 del siglo XX, vieron nacer grupos literarios como *El techo de la ballena*, *Guaire* y *Tráfico*, entre cuyos proyectos, salvando las distancias, estaba el de asumir el discurso de la ciudad para la construcción de una poesía urbana. Aunque hubo resultados notables, y muy notables, pienso que la propuesta de Lozano y Pérez Bonalde, cándida y desternillante, sí, ha logrado, sin embargo, una mayor sedimentación mítica, una imagen legendaria en boca de todos. Faltaría entonces la construcción de una mitología más contemporánea.

Colocar a la ciudad dentro de un contexto que no le es propio (sultanes y odaliscas) no sólo revela una catadura poética sino que además informa de una manera nostálgica de vivir la ciudad. La ciudad está siempre más allá de sí misma; se afinca en la memoria de algo que ya no existe y conforma la silueta de su propio fantasma: «La miro desde hoy cual una triste / faz a través de ensombrecida reja» (Eduardo Arroyo Lamedá). Caracas es nostálgica porque los caraqueños la conjugamos en pretérito. No una *saudade* lisboeta ni una nostalgia melancólica porteña: el ritmo de la ciudad no lo permitiría. La nostalgia de Caracas es todavía más simple, aunque también más trágica. Presa de las urgencias inexplicables y las demoliciones endémicas, Caracas sólo puede asomarse al abismo de un futuro precario o sonreír a un pasado edénico que parece haber sido sustraído, desfalcado. La ciudad es el tránsito hacia sí misma (toda la ciudad lo es) pero en este caso el tránsito ha sido más bien una sacudida, una zancadilla. En el eje de estos movimientos espasmódicos, la ciudad y sus habitantes (que vienen siendo lo mismo) construyen una bisagra vital que oscila como un péndulo entre el desaparecido hotel Majestic donde se alojó Gardel en los años 30, y el gigantesco *Shopping Center Sambil* donde los caraqueños hilvanan hoy en día sus sueños de consumo.

Caracas es fronteriza porque está situada en el límite de su propio reconocimiento, y sus esfuerzos se traducen en la batalla diaria por encontrarse entre los cascotes de las casas coloniales demolidas, y los cristales de los edificios nuevos, donde se duplica su rostro incierto y asombrado. De ahí que muchos han creído ver en Caracas un fantasma, una especie de jinete (o conductor) sin cabeza junto al cual cabalgamos, por ejemplo, la avenida Bolívar. Caracas no existe, han dicho, y entonces la ciudad ha cobrado una dimensión distinta: ha recuperado para sí una dimensión abstracta, y ha logrado sobrevivir gracias a la configuración de una segunda urbe: una especie de meta-ciudad imaginaria donde se edifica a diario la

ciudad deseada y donde cada uno de los caraqueños cataliza y pondera su acción y estética civiles.

Esta ciudad imaginaria indica la portentosa facultad de abstracción del habitante de Caracas, su inigualable capacidad para situarse y organizar su vida en un territorio indefinido, básicamente construido a partir de ensoñaciones, de cascotes, de jinetes sin cabeza y demás metáforas de la incertidumbre. El caraqueño se ha convertido, quizás a su pesar, en un filósofo empírico de la ciudad, de su ciudad, aunque esta fuerza intelectual y gregaria no necesariamente se haya traducido en acciones efectivas y acertadas. Urbanistas *amateurs* y errabundos, los caraqueños invertimos grandes cantidades de tiempo en criticar, dilucidar, sorprendernos, averiguar o rechazar cualquier mínimo suceso que afecte no sólo la organización de la ciudad sino también su belleza, dando lugar a esa «ciudad otra» que es, en el fondo, la que se habita, cuando la otra sólo se soporta. Este ejercicio especulativo coloca al caraqueño al margen de la ciudad misma hasta el punto de poner en riesgo su condición de ciudadano y llegara ser, simplemente, un residente, un *vallipolitano*; no tanto un habitante sino prácticamente un viajero: un pasajero de las zonas fronterizas que la ciudad representa. Y como todo viajero, confunde los lugares y domicilios y entra en conflicto con su propia identidad geográfica: «si no sé qué es ni dónde está mi ciudad, entonces no sé quién soy ni dónde me encuentro».

Todo lo sólido se desvanece en el aire cuando pensamos en Caracas. No hay nada «permanente» en ella salvo su mítica montaña, el Ávila, y esto es un signo de su discreción. Caracas es una ciudad discreta: peligrosa pero discreta. A pesar de las altas torres del centro Simón Bolívar y de los edificios cuadriculados y espejeantes del Este, y a pesar del ruido de sus infalibles *Dodges Darts* y *Malibús* y *Fairlines 500*, Caracas es discreta. O mejor sería decir: desconfiada, un poco avara, suspicaz. Ella no se ofrece, no intenta seducir, no engaña. Con descaro parece decirnos a todos: «aquí estoy, aquí me tienes, así soy, ¿me tomas o me dejas?». Pero responder a esta pregunta no es nada fácil. Mutante, epiléptica, espasmódica, sus 24 horas son recorridas por una prisa que nadie logra explicar: «estoy apurado», dicen sus habitantes. Se trata, entonces, de una prisa opresora, es decir, un apuro, una acechanza. ¿De qué? No se sabe. La velocidad es vivida como principio narcótico, como goce. «Estar apurado» es, en el fondo, el ritmo apropiado, la evidencia de una extraña pero efectiva adaptación. Y no se trata de las prisas propias de una gran ciudad, donde los habitantes asumen horarios en la medida de sus ambiciones. Aquí la ciudad es la que va aprisa (cambia a diario, se modifica) y el habitante debe asumir el ritmo que el espacio cambiante le impone. Caracas avanza sobre sus habitantes y

esto revela una acechanza cotidiana y general el apremio de huir de ella. Porque sólo huyendo de ella conquistamos un domicilio, logramos habitarla. Caracas está habitada por el conjunto de todos sus exiliados (reales o imaginarios) y su densidad demográfica se determina por censo periódico de los que huyen.

Buhoneros, trapicheros, mercachifles y todas las formas de la economía nómada se dan cita en sus calles más céntricas para ofrecer a precios de remate mercancías de inquietantes polisemias: esqueléticos *Micky Mouses* que bailan inexplicablemente al son de La Patrulla 15, variedades de modelos *Ray-Ban* que atravesaron de milagro el canal de Panamá; exprimidores de naranja callejeros que llevan en sus carritos una esperanza ecológica y muchas gorras, franelas, sombreros, vestidos, calcetines, chaquetas, sobre los que debemos ejercitar hábiles piruetas para avanzar sin peligro de esguince y no dar un mal paso sobre las pantaletas en oferta. Este zoco efervescente y caluroso donde no hay, sin embargo, domadores de serpientes ni mujeres contorsionistas sino desempleados y esclavos de las mafias militares del contrabando, contrasta con la vida higiénica de los centros comerciales donde las gentes se pasean sin dinero en sus bolsillos como si se tratase de un jardín botánico o de un museo. Cuando salir a la calle implica un desafío y los ánimos no están para ofrendar nuestros ahorros en el altar del carterista, entonces los centros comerciales son una opción menos aventurada pero también menos emocionante. La fauna que habita en estos *Malls* despierta el interés del más perezoso teratólogo: beldades liposucionadas sobre altísimos tacones; caballeros que exhiben su musculatura fabricada en los *Gold Gyms*, y legiones de preadolescentes que avanzan como diminutos batallones publicitarios, llevando en sus torsos los logotipos de la NBA. Toda esta sobrecogedora nómina parece flotar sobre las parihuelas del agua de colonia de París, y entre ellos ocurre un atrevido intercambio de miradas que viene a elevar la temperatura del espacio controlado del *mall*, y deja en uno la extraña sensación de haber participado en una orgía pensativa: el lado más abstracto de la promiscuidad tropical.

Yo adoro de Caracas lugares tan especiales como la clausurada terraza del restaurante *Mi castillito* encaramada en las primeras pendientes del Ávila; el mirador del teatro Teresa Carreño desde donde se puede admirar el eje monumental de la avenida Bolívar que remata en las emblemáticas Torres del Silencio del arquitecto Cipriano Domínguez; «Tierra de nadie», explanada de la ciudad universitaria que integra los espaciosos balcones de la biblioteca con el gigantesco pasillo de las facultades; el soberbio paseo «Los próceres» donde antes se oficiaban emocionantes carreras automovilísticas; el hermoso y decrepito barrio La Pastora que mantiene una feroz

lucha contra la oligofrenia de los ediles; el patio interior de la Galería de Arte Nacional donde parecen conversar Praxíteles y Apeles bajo la luz diáfana del Caribe; la selvática avenida principal de La Castellana, flanqueada por centenarios y corpulentos jabillos; o el periclitado y extravagante bar-restaurant *Cordon Bleu*, donde uno puede tomar una *Polar* muy fría y muy barata mientras algo parece empujarnos a los primitivos cabarets de *Pigalle*.

Como toda ciudad latinoamericana contemporánea, Caracas ha querido imitar las urbes del Norte, y esa imitación se ha convertido en una caricatura y una sátira. Una caricatura por ser un remedo disparatado donde la vanidad más pueril ocupa el lugar de las carencias estructurales; y una sátira porque, después de todo, la ciudad parece reírse de sí misma, y sus habitantes se desternillan a diario en una suerte de cruel ejercicio autocompasivo, donde el verdadero propósito, por extravagante que parezca, es la comprensión de la realidad circundante y el trazado de una estrategia de residencia. Descentramiento, desterritorialización, fragmentación, desintegración, sideralización, multipolarización... todas las características de las grandes ciudades contemporáneas (y principalmente americanas) pueden ser utilizadas para nombrar a Caracas. El valle que la contiene hace tiempo fue rebasado y la ciudad inició un crecimiento periférico, adyacente y suburbano de características tan indetenibles como imprevisibles. Practicar un atlas de Caracas supone hoy en día la difícil tarea de poner a dialogar los grandes ejes emblemáticos y arquitectónicos de la ciudad junto a la prolija red de microurbalizaciones y barriadas pobrísimas que trepan por los cerros del valle hasta traspasar sus límites naturales. Dónde comienza y dónde termina Caracas son unas preguntas que apuntan directamente a su identidad y, por lo tanto, a su potencialidad como domo u hogar posible. Está claro que el auxilio del catastro y las fronteras municipales cumplen una función administrativa y taxonómica, pero la verdadera ciudad comienza y termina donde comienza y termina su leyenda, de manera que las ciudades están hechas con la misma materia de sus mitos. ¿Cuál es la leyenda de Caracas, cuál es su mito? Podríamos hurgar en el toponímico de El Silencio, como hicimos al inicio, y encontrar allí un signo aciago y dramático pero extraordinariamente fértil; podríamos ir tras la pista de Alonso Andrea de Ledesma, quien desafió en solitario a los piratas del capitán Amyas Preston en 1595 y murió en combate por defender la ciudad; podríamos entresacar numerosos sucesos de la guerra de independencia o el terremoto de 1812, pero la verdadera leyenda de Caracas está por escribirse, y también por imaginarse, porque no pasa por una circunstancia olímpica, heroica o conmemorativa, sino más bien por algo entrañable, cer-

cano, no hecho de la talla de algo gigante sino próximo, inmediato y fabricado a nuestra medida.

Oculto entre la precipitación y la emergencia de la ciudad, la leyenda puede pasar inadvertida: si caminamos por el *boulevard* de Sabana Grande y advertimos el batiburrillo que forman los sesudos ajedrecistas, los niños de la calle, el policía y los intelectuales que remojan sus horas en un largo café; si vagabundeamos a lo largo del parque Los Caobos y oímos a lo lejos las risas de las familias que meriendan sobre la hierba y juegan a la pelota; si subimos a las cumbres del Ávila y nos abandonamos a la contemplación de la ciudad y a su incesante ronroneo; si conversamos con un amigo bajo la plaza techada de la Ciudad Universitaria donde el tiempo se identifica con la luz enlazada... Las ciudades adquieren la misma forma de las miradas y del ánimo que propician. Sus habitantes logran establecer el orden invisible que rige sus estructuras más profundas. Si necesitáramos de un adjetivo que designe a Caracas quizás deberíamos elegir entre «ciudad pasajera» o «ciudad continua», como aquella Leonia que describe Italo Calvino en su libro caleidoscópico y entrañable: «... más que de las cosas que cada día se fabrican venden compran, la opulencia de Leonia se mide por las cosas que cada día se tiran para ceder lugar a las nuevas. Tanto que uno se pregunta si la verdadera pasión de Leonia es en realidad, como dice, gozar de las cosas nuevas y diferentes, o no más bien el expeler, alejar de sí, purgarse de una recurrente impureza»³. Caracas, como Leonia, está hecha de todo lo que ha expulsado, de todo el conjunto de sus demoliciones. Caracas se ha exiliado de sí misma buscando en lo nuevo y lo original lo que no ha podido hallar en su memoria. Su historia es un listado de numerosos proyectos emprendidos y nunca acabados: el damero colonial desaprovechado como patrón urbanístico; la ciudad afrancesada con la que soñó el «americano ilustrado» Antonio Guzmán Blanco; los suburbios ajardinados de estilo neocolonial; el proyecto racionalizador de El Silencio; la utopía de las autopistas veloces y los *shopping centers*. Todos y cada uno constituyen sueños interrumpidos, suspendidos, abortados. Inestable en su propio pasado, a Caracas le queda la fascinación por un futuro repleto de perplejidades. Si toda ciudad guarda otra ciudad oculta, Caracas debe hacer su propia arqueología y sacar a la luz sus secretos mejor guardados. Contraria a las ciudades «ya hechas», Caracas se abre a la busca de su propio signo –su carácter movedizo e inquieto es prueba de ello. Más allá de las ciudades-museo o de las urbes-vitrina, más allá de los artificios y maquillajes del turismo, Caracas no descansa en la busca de algo que, posiblemente, ignora, y sus habitantes somos los protagonistas de un verdadero laboratorio de mutaciones.

³ Las ciudades invisibles, *Italo Calvino, ediciones Minotauro, Buenos Aires, 1974, p. 112.*